

LA IDENTIDAD NACIONAL DE LOS ESTADOS BRASILEÑO Y ARGENTINO COMO CONSTRUCCIÓN LITERARIA A TRAVÉS DE LAS FIGURAS DEL BANDEIRANTE Y DEL GAUCHO

A IDENTIDADE NACIONAL DOS ESTADOS BRASILEIRO E ARGENTINO COMO CONSTRUÇÃO LITERÁRIA ATRAVÉS DAS FIGURAS DO BANDEIRANTE E DO GAUCHO

Daniel Arrieta DOMÍNGUEZ*

Resumen: Gran parte de las obras literarias sobre el bandeirante brasileño y el gaucho argentino se ha escrito con posterioridad a la extinción de tales modos de vida, pero han generado sendos mitos literarios relacionados con la creación del estado moderno y el establecimiento de sus fronteras, especialmente en el siglo XIX. La visión épica y la supuesta democratización de los elementos componentes de las *bandeiras* así como el enfoque, ya romántico, ya eurocentrista en la caracterización del gaucho argentino en la literatura, muestran una imagen demasiado simplista cuando no folclórica de la realidad de las empresas de exploración paulista y del papel del gaucho en las zonas de frontera. Este trabajo se propone mostrar las similitudes y diferencias entre ambos procesos de mitificación literarios, así como su grado de éxito en la construcción de una identidad nacional.

Palabras-clave: Gaucho – Bandeirante – Mito Literario.

Resumo: Uma parte importante das obras literárias sobre o bandeirante brasileiro e o gaucho argentino foi escrita após a extinção de seus estilos de vida; porém, foram gerados dois mitos literários em relação com a criação do estado moderno e o estabelecimento das suas fronteiras, especialmente no século XIX. A visão épica e a suposta democratização dos elementos componentes das bandeiras, mais o enfoque, já romântico, já eurocentrista na caracterização do gaúcho argentino na literatura, aportam uma imagem muito simplista além de folclórica em relação com a realidade das empresas de exploração paulista e o papel do gaúcho nas zonas de fronteira. Este trabalho se propõe mostrar as similitudes e diferenças entre os dois processos de mitificação literária no contexto histórico em que são produzidos, refletindo sobre seu grau de sucesso na construção duma identidade nacional.

Palavras-chave: Gaúcho – Bandeirante – Mito Literário.

Introducción

La colonización ibérica –hispano-portuguesa- de América fue distinta de la de los anglosajones en la medida en que éstos últimos, negadores del libre arbitrio y con una fuerte ética del trabajo, buscaron crear sus propias sociedades en aquellas nuevas tierras partiendo de la nada, *tabula rasa*. Los españoles y portugueses, sin tanto orgullo de raza –en el caso de los portugueses ya había muchos mestizos de negros en el Portugal del

* Máster en Literaturas Hispánicas – University of Arkansas – Doctorando en Estudios Literarios – Facultad de Filología – UCM – Universidad Complutense de Madrid, Ciudad Universitaria, 28040, Madrid, España. E-mail: daarriet@ucm.es

siglo XVI-, al menos en un primer momento histórico buscaban el enriquecimiento rápido y la gloria personal. Como expresa Sérgio Buarque de Holanda (2006, p. 44), “[...] existe uma ética do trabalho, como existe uma ética da aventura”, y la de los ibéricos era del segundo tipo. Pero entre españoles y portugueses también existieron diferencias en el modelo de conquista y colonización, las cuáles conllevaron la extensión del modelo de conquista en el caso brasileño hasta bien entrado el siglo XVIII. Los españoles encontraron dos grandes imperios, aprovecharon sus infraestructuras, y donde no las había, las crearon a imagen y semejanza de las suyas propias: ciudades, plaza mayor con iglesia, cabildo y juzgados, leyes y burocracia que impusieron a los indios. En el caso portugués, “[...] é mais feitorização que colonização” (BUARQUE DE HOLANDA, 2006, p. 107): no buscan tanto la creación de infraestructuras políticas y sociales como una simple explotación comercial, especialmente en el litoral; en el caso hispano, se establecen capitales alejadas de la costa, a cierta altitud.

En este contexto histórico surgen los bandeirantes paulistas del siglo XVI. El objetivo fundamental de éstos será conseguir esclavos indios como mano de obra para las ciudades, y en el XVII los robarán directamente de las misiones jesuíticas. Posteriormente, dichos bandeirantes también se enfocarán en la búsqueda de metales preciosos, sobre todo a partir del descubrimiento de oro en Minas Gerais en 1693, y ocasionalmente en combatir indios hostiles o quilombos de negros fugitivos.

El gaucho es una figura que surge en la Pampa argentina de la frontera con los indios en el siglo XVIII y se mantiene durante el XIX entre las guerras de independencia y contra los indios, en una especie de vida nómada llevando y cazando ganado semi-salvaje hasta que la introducción de la oveja, el cercado y la agricultura hace inevitable su desaparición, o al menos su transformación en peón agrícola:

By the 1880, sheep had effectively displaced cattle from much of the improved pasturage near Buenos Aires. Gauchos participated in the sheep cycle, shearing, marking, castrating and herding on horseback. But the old Pampa gaucho of wild creole cattle slain for hides and tallow alone had long passed away (SLATTA, 1983, p. 141).

Bandeirantes paulistas y la formación del estado brasileño

En primer lugar, debemos distinguir entre malocas, entradas y *bandeiras*: las primeras eran ataques en tierras de indios de forma no muy organizada con el objetivo de esclavizarlos o castigarlos; las entradas eran acciones patrocinadas por la Corona portuguesa con los mismos objetivos, y su organización y estructura tenía un cariz más

militar. Y en el caso de las *bandeiras*, su diferencia con las entradas es que se trataba de empresas privadas de captura de esclavos indios y/o prospección de metales preciosos que, aunque no directamente promocionadas por el poder público, sí estaban aceptadas de forma más o menos oficial. Una *bandeira* típica estaba formada por blancos, caboclos –indios asimilados con cierto grado de mestizaje-, indios guerreros, y esclavos indios o negros. Según Joaquim Ribero (1946, p. 30), la *bandeira* constituía una organización cuasi militar con opresor y oprimido en la que el clan patriarcal de los europeos se mezclaba con el caciquismo de los indios. Ello choca con el mito de la primera sociedad democrática en el Nuevo Mundo evocada por algunos autores, o incluso con su descripción como primer caso de fascismo, como expresa Souza (2007, p. 160), citando a Cassiano Ricardo (1940, p. xvi): “[...] comando seguro e fraterna solidariedade dos indivíduos obedientes à firme unidade comando.”

En un ámbito más folclórico, el elemento religioso mestizo de la *bandeira* mezclaría la demonología nativa -Capora, Curupira, Anhangag- con el sebastianismo portugués (RIBEIRO, 1946, p. 41), constituyendo el antecedente de las futuras huestes sertanejas del visionario Antonio Conselheiro en la Guerra de Canudos. Euclides da Cunha, hablando sobre el sertanejo del nordeste brasileño expresa: “[...] a sua religião é como ele, mestiça.” (CUNHA, 1998, p. 63). La lengua de las *bandeiras* será el tupí-guaraní, lo que permitirá la comunicación fluida entre los distintos componentes de la misma, y reforzará el argumento de la importancia del elemento indio y mestizo en ella. De hecho, hasta el siglo XVIII dicha lengua estaba generalizada en tierras paulistas, y el portugués se aprendía principalmente en la escuela.

Ya fuera en las *bandeiras* de captura de indios –como las de Manuel Preto o las de Antonio Raposo Tavares- ya fuera en las de búsqueda de oro, plata y esmeraldas – Fernão Dias Pais, Bartolomeu Bueno da Silva, etc.- los ejércitos bandeirantes viajaban en ocasiones durante años vagando por la agreste región del *sertão* brasileño o incluso el Mato Grosso. En su continuo ir y venir, las porosas y flexibles fronteras del Tratado de Tordesillas irían variando a favor de Portugal frente a España. El mito de la isla Brasil vendría a ser falso, pero para entonces Portugal ya se habría asegurado muchos de aquellos territorios.

Desde finales del siglo XVI hasta la expulsión de los jesuitas de España y América en 1767, las misiones jesuíticas guaraníes, mediante el sistema de la *reducción*, establecieron “pueblos de indios” en una zona en el actual territorio de Paraguay, Argentina y Brasil, que en la práctica servía de frontera entre España y Portugal. Los bandeirantes, en su labor de suministradores de mano de obra esclava para la industria

del palo Brasil en la costa de Río de Janeiro, aprovecharon tal concentración de indios ya *educados* como objetivo de sus *bandeiras*, constituyéndose en los grandes enemigos de los jesuitas, quienes a su vez, consiguieron de la Corona española en 1639, la potestad de armar a los indios para defender las misiones. Una visión positiva del pillaje bandeirante frente a las misiones jesuitas es mostrada por Jaime Cortesão en su *Introdução à História das Bandeiras* cuando habla del bandeirante paulista: “[...] disciplina militar, adaptação ao meio físico, rapidez, frugalidade, poder de sacrifício e tenacidade infatigável do que o fizeram os seus maiores inimigos, os jesuítas espanhóis do Paraguai” (CORTESÃO, 1964, v. 2, p. 198). Por su lado, Portugal, incluso en la época de la unión con España, veía con buenos ojos las incursiones paulistas en territorios españoles: por un lado, rompe las fronteras fijadas por los jesuitas para España; y por otro lado, consigue una mano de obra esclava necesaria para su desarrollo industrial-comercial. También Cortesão comenta la conexión entre *bandeira* y poder público: “A bandeira foi uma maloca organizada e dirigida, nomadismo político à busca das bases sedentárias do Estado” (CORTESÃO, 1964, v. 1, p. 102). A la larga, los acuerdos entre España y Portugal en el Tratado de Madrid de 1750, y el miedo español a un “*imperio jesuítico*” tras las guerras guaraníicas, terminaron provocando la expulsión de los religiosos en 1767. Dos años más tarde, en 1769, el poeta brasileño y ex-novicio jesuita Basilio da Gama escribe su poema épico *O Uruguai*, que trata de dicha guerra de los portugueses y los españoles contra los indios sublevados de Sete Povos das Missões, territorio español, que habría de pasar a manos de Portugal. Da Gama culpa a los jesuitas de los males de los indios, y de codicia y ambición desmesurada, al intentar usurpar un imperio que no les pertenece:

Aqui não temos. Os padres faziam crer aos índios que os / portugueses eram gente sem lei, que adoravam o ouro. / Rios de areias de ouro. Essa riqueza / Que cobre os templos dos benditos padres, / Fruto da sua indústria e do comércio / Da folha e peles, é riqueza sua” (GAMA 2009, p. 42).

pero no critica las acciones bandeirantes y militares contra las misiones, que convertirían a indios libres súbditos del imperio español en esclavos para vender en la América portuguesa.

El bandeirante paulista, por tanto, contenía las dos facetas anteriormente mencionadas: la de esclavista-asesino de indios, y la de conquistador de nuevas tierras para una Corona que acabaría constituyendo en 1822 el nuevo estado brasileño. Pero la captura de indios no fue su única ocupación sino que desde mediados del siglo XVII

hasta finales del XVIII surge el llamado *ciclo del oro*. Para Ribeiro (1946, p. 25), “[...] é o ciclo do ouro, o grande ciclo do ouro, que constitui na verdade, o verdadeiro ciclo do bandeirante, já estruturado como tipo social”. En 1693, se descubren importantes yacimientos de oro en las montañas de Sabarabuçu, en Minas Gerais, y en 1698 António Dias de Oliveira descubre Ouro Preto. Esto genera una gran emigración hacia la zona y las actividades de las *bandeiras* se orientan más a la búsqueda del preciado metal. Ocasionalmente habrían de combatir indios hostiles de las áreas donde preveían encontrar oro o metales preciosos, pero además, al requerir mano de obra esclava para las minas, las capturas de esclavos – más la importación de negros africanos – continuaron. También en este momento, el rudo, iletrado y mestizo bandeirante – así considerado por las élites blancas de Río de Janeiro- volvería a ser clave para la Corona portuguesa, proporcionando riquezas a la metrópoli y cierto desarrollo a la colonia. Con el descubrimiento masivo de oro, comenzó realmente la colonización del interior brasileño, aunque el aventurero y conquistador bandeirante se resistía a hacerse sedentario. Pero las actividades mineras a gran escala requerían también actividad agrícola: “Esse repudio do sertanista à vida agrícola era tão evidente que, por vezes, a própria autoridade civil se via na contingência de obrigar o plantio para alimentar aos mineiros” (RIBEIRO, 1946, p. 149).

Este ciclo del oro bandeirante –y de la plata y de las piedras preciosas-, más tardío en el tiempo y duradero, generó más literatura que el anterior. Como explica Carvalho Franco (1940, p. 179), “[...] a busca das esmeraldas foi a iniciativa que mais perdurou na história bandeirante.” Olavo Bilac, en su *O Caçador de Esmeraldas*, de 1888, relata en forma de poema épico la muerte del bandeirante Fernão Dias Pais en su última *bandeira*, desde 1674, que duraría 7 años. Bilac muestra la acción bandeirante como algo fascinante e inevitable dirigiendo el canto a la naturaleza mediante una prosopopeya: “De água devastadora, - os brancos avançavam: / E os teus filhos de bronze ante eles recuavam / Como a sombra recua ante a invasão do sol” (BILAC, 2002, p. 40). Y los caracteriza una vez más como esforzados merecedores de riquezas:

Que importa o desamparo em meio do deserto, / E essa vida sem lar, e esse vaguear incerto / De terror em terror, lutando braço a braço / Com a inclemência do céu e a dureza da sorte? / Serra bruta! Dar-lhe-ás, antes de dar-lhe a morte, / As pedras de Cortez, que escondes no regaço! (BILAC, 2002, p. 45).

Pero el poema también incluye cierta ambigüedad sobre las acciones del héroe y su inevitable fin: “Ah! mísero demente! O teu tesouro é falso! / Tu caminhaste em vão

por sete anos, no encalço de uma nuvem falaz, de um sonho malfazejo! / Enganou-te a ambição! Mais pobre que um mendigo, / Agonizas, sem luz, sem amor, sem amigo” (BILAC, 2002, p. 50). Es como si su vida personal hubiera sucumbido a la invitación a las riquezas y la gloria. Aunque finalmente, su muerte es signo de vida, como símbolo de que la tragedia de su fracaso individual y su muerte ha de servir a la posteridad: “Morre! Tu viverás nas estradas que abriste! / Teu nome rolara no largo choro triste / Da água do Guaicuí...Morre, Conquistador!” (BILAC, 2002, p. 53). Y claramente explica los méritos y el patriotismo del bandeirante cuando concluye: “Violador de sertões, plantador de cidades, / Dentro do coração da Pátria viverás!” (BILAC, 2002, p. 54). Olavo Bilac representa una corriente de idealización muy común de los bandeirantes como conquistadores valientes, duros y sufridos que descubren nuevos territorios para la futura formación del país. Se les presume patriotismo y abnegación, aunque también se les reconoce un exceso de ambición personal. A la hora de justificar la captura y exterminio de los indios, se reconoce como un mal menor necesario para la consolidación del estado brasileño.

El gaucho y la frontera en la formación del estado argentino

Para Susan Migden Socolow, el gaucho argentino representa tanto la figura por excelencia de la frontera como una figura mítica (GUY; SHERIDAN, 1998, p. 67). En esta rápida definición quedan resumidas las dos principales características que lo definen. El gaucho surge en un lugar de frontera, lejos de las ciudades, donde se suceden intercambios o luchas con indios. Desde el siglo XVII, “gauderíos” o mozos criollos de la tierra sin asentamiento fijo, se ganan la vida llevando ganado de las pampas a las ciudades. La palabra *gaucho* parece provenir del quechua *guacho* –muchacho huérfano, abandonado, errante- o del vocablo árabe *chaucho* –conductor de ganados- junto con la comentada *gauderío*. Es desde la segunda mitad del siglo XVIII cuando surge la figura del gaucho en su esplendor y va aparejada a la cantidad de reses de vacuno semisalvaje de las pampas y a un concepto de tierra sin dueño que habrá de perdurar hasta bien entrado el siglo XIX. Estos seminómadas a caballo, criollos o mestizos de blanco e indio –y en cierta medida también de negro-, mezclarán las supersticiones españolas con las indígenas (SCARONE, 1922, p. 35), y se adaptarán al medio incorporando costumbres de ambas culturas. En general trabajarán sin contrato o jefe fijo básicamente transportando ganado, herrando, en la doma, etc. En muchas ocasiones los gauchos se instalaban en zona de indios, más allá de la frontera militar, y

negociaban o guerreaban contra ellos. Las guerras de independencia, las guerras contra los indios y las guerras civiles en la Argentina del siglo XIX afectaron drásticamente a los gauchos, que eran reclutados a la fuerza en base de las promulgadas *leyes de vagos* desde 1815 y sobre todo desde el presidente Rivadavia en 1822, entonces Ministro de Gobierno. Muchos rehuían el ejército y escapaban a provincias lejanas o a tierras de indios. Pero muchos otros acabaron integrando las montoneras, que ejerciendo guerra de guerrillas, tuvieron tanta importancia en la independencia argentina de España. Es por este motivo, añadido a la imagen y símbolo de libertad que evocan, por lo que el gaucho acabará convirtiéndose también en una figura mítica.

El estilo de vida del gaucho, ya en pleno siglo XIX, con su nomadismo, su vida agreste, su aversión a las órdenes y a la autoridad, sus payadas, sus pulperías y su supuesta agresividad, suponía, para algunos, un obstáculo a la formación de un estado moderno argentino basado en el orden, a imagen y semejanza de los países europeos. Domingo Faustino Sarmiento representa esa corriente que demoniza al gaucho desde la literatura. En su *Facundo. Civilización y Barbarie*, de 1845, parte relato periodístico, parte biografía y parte panfleto político, nos presenta a los cuatro tipos de gaucho: el rastreador, el baqueano, el gaucho malo y el cantor. La inicial y ambigua admiración por las dotes de este *hijo de la tierra*, al que compara despectivamente con los tártaros, los bárbaros, con el trovador medieval o con el guerrero árabe, concluye con la idea de que “[...] el gaucho será un malhechor o un caudillo según el rumbo que las cosas tomen en el momento en que ha llegado a hacerse notable” (SCARONE, 1922, p. 53). De hecho, los protagonistas de su libro son Facundo Quiroga, caudillo gaucho riojano, y Juan Manuel de Rosas, estanciero federalista que se convertiría en gobernador de Buenos Aires. Sarmiento no conoce las pampas ni a los gauchos de los que habla, pero los describe de forma hiperbólica a través de documentos u otros textos literarios: a la hora de describir al gaucho tiene influencias literarias de su admirado James Fenimore Cooper cuando éste describe al *cowboy* del norte. Pero aún así,

[...] the image of the cowboy and the gaucho evolved in profoundly different ways. Whereas in the United States the cowboy was a hero on a romanticized frontier...in Argentina, the gaucho was originally seen as a political threat to national development (GUY; SHERIDAN, 1998, p. 4).

Sarmiento promulgaba la importación de cultura y maneras europeas, mientras que los gauchos y sus caudillos como Rosas y Facundo, recelaban de dichas influencias liberales extranjeras. Para Sarmiento, un estado centralizado y fuerte, unitario, con leyes

muy definidas, era necesario para el desarrollo del país. Y los gauchos, federalistas e independientes, chocaban con su sistema. Incluso en el caso de su participación en las guerras de independencia, Sarmiento minimiza o brutaliza sus acciones:

La montonera, tal como apareció en los primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya ese carácter de ferocidad brutal, y ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires, estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a la sociedad culta, y presentarlo en nombre de la América avergonzada, a la contemplación de la Europa. (SARMIENTO, 1997, p. 111).

Para Sarmiento, los gauchos, el federalismo, y Rosas, significan la barbarie americana y del indio, mientras que Europa transmite la civilización. De ahí, su énfasis en la inmigración europea a tierras argentinas, ya que según él “[...] las razas americanas viven en la ociosidad, y se muestran incapaces, aún por medio de la compulsión, para dedicarse aun trabajo duro y seguido. De esto surgió la idea de introducir negros en América, que tan fatales resultados ha producido” (SARMIENTO, 1997, p. 64). Por todo ello, culpa del salvajismo y la indolencia del gaucho a su mezcla racial:

La fusión de estas tres familias (blanca, india, negra) ha resultado un todo homogéneo, que se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial cuando la educación y las exigencias de una posición social no vienen a ponerle espuela y sacarla de su paso habitual. Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado la incorporación de indígenas que hizo la colonización (SARMIENTO, 1997, p. 63-64).

La ciudad, para Sarmiento, representa la civilización; los gauchos y el campo, la barbarie: “[...] el siglo XIX y el XII viven juntos; el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas” (SARMIENTO, 1997, p. 91).

Con los antecedentes de la poesía gauchesca de Hidalgo, Ascasubi y Estanislao del Campo, José Hernández crea con su *Martín Fierro* en 1872 la contrapartida al Facundo sarmientino. Ahora el gaucho ya no es el bárbaro invocado por Sarmiento sino un pobre hombre del que se aprovechan militares y jueces. Es una figura de un mundo cambiante que poco a poco va perdiendo su razón de ser. Ya en el comienzo el gaucho Martín Fierro relata su vida, reclutado a la fuerza para guerrear a los indios en la frontera, engañado y sin paga: “Tuve en mi pago en un tiempo / hijos, hacienda y mujer; / pero empecé a padecer, / me echaron a la frontera, / ¡y qué iba a hallar al volver! / Tan sólo hallé la tapera” (HERNÁNDEZ, 1982, p. 122). Cuando escapa y

vuelve a su casa nada encuentra y “¡Yo juré en esa ocasión / ser más malo que una fiera!” (HERNÁNDEZ, 1982, p. 146). Es como si el autor, gaucho en su juventud él mismo, justificara las posteriores acciones de Martín al matar al negro y al otro gaucho por haber sido convertido a la fuerza en fugitivo y despojado de lo poco que tenía. El gaucho Martín Fierro, en un alarde de sincera ambigüedad de su autor, es racista, tanto en cuanto a los indios, considerados como salvajes, como a los negros – “A los blancos hizo Dios; / a los mulatos, San Pedro; / y a los negros hizo el diablo / para tizón del infierno” (HERNÁNDEZ, 1982, p. 140)- y muestra sin ambages su rechazo al extranjero: “Era un gringo tan bozal / que nada se le entendía. / ¡Quién sabe de ande sería!” (HERNÁNDEZ, 1982, p. 141). En realidad, cinco millones y medio de extranjeros llegaron a Argentina entre 1857 y 1924, especialmente italianos, como el *gringo* del Martín Fierro. De hecho, la xenofobia de los gauchos hacia los extranjeros, y la percepción por aquéllos de que estaban ocupando su lugar llegó a provocar en la realidad masacres de vascos e italianos como la del año 1872 (SLATTA, 1983, p. 163). Pero también hay solidaridad gaucha en el poema: el sargento Cruz, un gaucho huido metido a *polecía* para pagar sus faltas, se cambia de bando y ayuda a Martín Fierro cuando éste es atacado por una patrulla; y termina relatando también sus penas y la realidad del campo argentino: “Le advertiré que en mi pago / ya no va quedando un criollo; / se los ha tragado el oyo, / o juido, o muerto en la guerra” (HERNÁNDEZ, 1982, p. 181). Tras la primera parte del poema –al que Borges consideraba una novela moderna por su subjetividad en primera persona- los dos amigos se internan en el desierto, en tierra de indios. La segunda parte es a base de cantos y payadas por parte de Martín y sus dos hijos y el hijo de Cruz –que relatan sus respectivas miserias-, más un negro hermano del asesinado. Al final los cuatro gauchos se despiden, simbólicamente cambian sus nombres y se separan, como mostrando el final de un mundo de gauchos y el principio del mito.

En la época en que Hernández escribe su obra maestra, el gaucho ya es especie casi en extinción, transformado en peón agrario a la fuerza. Las guerras civiles terminan, pero el cercado de las pampas, el desarrollo de la agricultura y el ganado bovino, más la llegada de ingentes cantidades de inmigrantes europeos no deja espacio para el estilo de vida gaucho: “[...] the central social effect of fencing, the further limitation of the gauchos’ geographical mobility” (SLATTA, 1983, p. 148). Eso sí, con esta reivindicación del sufrimiento histórico de los gauchos, su imagen en el imaginario argentino quedaría revalorizada y allanaría el camino para el surgimiento del mito.

Tras Leopoldo Lugones y su *Guerra gaucha*, de 1905, en la que identifica al gaicho con el paradigma de la nacionalidad argentina por su intervención en las Guerras de Independencia, *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes, termina de crear el mito moderno del gaicho, idealizándolo en su novela y reencarnándolo en una versión moderna del mismo: el *paisano*. En una especie de *bildungsroman*, Fabio Cáceres, un joven huérfano cuenta en primera persona cómo entra bajo la protección y aprendizaje del gaicho-paisano Don Segundo Sombra, un compendio de virtudes – serenidad, fortaleza, camaradería, sabiduría popular, desprendimiento- y sin más vicios que la búsqueda de libertad en una también idealizada naturaleza argentina. Con él, aprenderá lo que significa ser gaicho:

Él me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las boleadoras...Me volví médico de mi tropilla, bajo su vigilancia, y fui baquiano para curar el mal del vaso dando vuelta la pisada...También por él supe de la vida la resistencia y la entereza en la lucha... Y hasta en para divertirme tuve en él un maestro, pues no de otra parte me vinieron mis floreos en la guitarra y mis mudanzas en el zapateo (GÜIRALDES, 1926, p. 31).

Para cuando Ricardo Güiraldes escribe su novela, en 1926, ya no existían los gaichos, y éste se puede permitir el mostrarlos con una cierta idealización romántica despojándolos de sus defectos. El público lector argentino, por la lejanía histórica pero al mismo tiempo por las remembranzas de un tiempo pasado idílico que quiere hacer suyo, comienza a aceptar la figura del gaicho como lo propiamente argentino. Como expresa Slatta (1983, p. 192),

[...] vanquished in reality, the gaicho still rides a romanticized frontier pampa as an ideal myth and political symbol. His qualities, real and imagined, represent an essential ingredient in the continuous quest by Argentines to define the essence of their national character.

Incluso en *Don Segundo Sombra* parece existir compatibilidad entre el progreso económico y los valores gaichos cuando al final de la novela, el personaje homónimo le espeta al chico, que acaba de heredar una fortuna, “-Mirá –dijo mi padrino, apoyando sonriente mi mano en mi hombro-. Si sos gaicho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina’e tropilla” (GÜIRALDES, 1926, p. 98). De igual manera los argentinos actuales asumen su condición de gaichos –hasta el punto de escoger como mascota para su Mundial de

fútbol de 1978 a *Gauchito*- dentro de la modernidad, pero eso sí, basándose en unos modelos idealizados que poco corresponden con la realidad histórica de un personaje despreciado y admirado a partes iguales en su tiempo –a la manera de Sarmiento y de José Hernández-, pero de cualquier modo incompatible con la consolidación del estado moderno. Una fascinación semejante tiene Jorge Luis Borges por la figura del gaucho, aunque al mismo tiempo hace referencia al binomio civilización-barbarie de Sarmiento. En *El Sur*, muestra a Juan Dahlman, secretario de biblioteca y producto civilizado de la ciudad pero con abuelo materno gaucho, al que en un viaje a sus estancias en el sur, el destino le hace morir como tal: “Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta” (BORGES, 1989, p. 527).

El caso de los bandeirantes brasileños tiene muchos paralelismos con el de los gauchos. A partir de la segunda mitad del siglo XVIII el oro de Minas Gerais comienza a escasear, ya no hay tantas nuevas tierras por conquistar y el modo de vida bandeirante deja de tener sentido. Los bandeirantes acabarán asentándose en el *sertão* –y convirtiéndose en sertanejos, descritos desde el naturalismo literario de Euclides da Cunha en *Os Sertões* en 1902- en la zona de Minas Gerais donde tantos pueblos fueron fundados, o en el Mato Grosso, donde la extracción de oro duró hasta principios del siglo XIX. Con los tratados de Madrid (1750) y de San Ildefonso (1777) entre España y Portugal, las fronteras entre ambos países en América quedaban bien marcadas y defendidas militarmente, por lo que el bandeirante, al igual que el gaucho un siglo más tarde, vería su libertad de acción muy limitada. Casi un siglo después de la desaparición del personaje histórico, su memoria comienza a ser reivindicada. Según Souza, la aparición del mito bandeirante tiene una relación directa con el ascenso económico y político de las élites paulistas cafeteras desde la segunda mitad del siglo XIX y la necesidad por parte de estos de buscar unas raíces más o menos legendarias:

Delineou-se com toda a clareza, enfim, uma preocupação ao mesmo tempo historiográfica e ideológica, presente principalmente na obra de historiadores paulistas da primeira metade do século XX, em estudar a formação da população paulista a partir da biografia de seus antepassados ilustres, encarnados na figura do bandeirante. Cria-se, assim, uma genealogia na qual o paulista contemporâneo surge como o descendente (SOUZA, 2007, p. 162).

La economía de São Paulo se convierte en el motor económico del país, y en busca también del poder político, comienzan una reivindicación de sus orígenes y de la importancia del bandeirante para la construcción del estado brasileño. Al igual que en el

caso del gaucho, la romantización del personaje –una vez ya extinguido- y la justificación de sus defectos y acciones más negativas –esclavismo y matanza de indios- forjan un mito que habría de servir a una función específica: reivindicar el lugar de los paulistas dentro de la civilización brasileña, lugar que, dicho sea de paso, había sido históricamente despreciado por el poder político y cultural de Río de Janeiro.

Aún así, a pesar del surgimiento del mito bandeirante, en el imaginario brasileño, al contrario que en el argentino, es el indio el que ocupa un lugar más universal como forjador de la raza y de la civilización brasileña. El motivo de esto es la creación en el siglo XIX de otro mito literario en Brasil: el del indio, una especie de *buen salvaje rousseauiano* con nobleza de carácter y valentía. De ello se encargarían los escritores del romanticismo indigenista: Gonçalves Dias, con su poema épico *I-Juca-Pirama*, de 1851; o José de Alencar, con su *O Guarani*, de 1857 -con los personajes del indio Peri y la portuguesa Cecilia, como los originarios de la raza brasileira- y con su *Iracema*, de 1865 –esta vez juntando a la india Iracema con un portugués, Martim, naciendo Moacir, el primer cearense-.

Al elevar al indio al rango de padre o madre de la raza brasileña, en ese universo romántico al bandeirante no le quedaba sino un papel subalterno, e incluso negativo, como aventurero que intenta aprovecharse de unos y de otros. Aún así, durante el siglo XX, el bandeirante es ensalzado, al menos en tierras paulistas. Oswald de Andrade, promotor de la Semana de Arte Moderna en 1922 en São Paulo, en su *Manifesto da Poesia Pau Brasil*, de 1924, incluye al bandeirante como algo esencial brasileño a exportar a través de la poesía no contaminada por las influencias extranjeras: “Bárbaro e nosso. A formação étnica rica. Riqueza vegetal. O mineiro. A cozinha. O vatapá, o ouro e a dança. Toda a história bandeirante e a história comercial do Brasil” (ANDRADE, 1976, p. 1). En su *Manifesto Antropófago*, de 1928, con su rechazo a lo puramente europeo así como lo religioso pero su capacidad de asimilar lo extranjero (antropofagia) también parece hacer referencia al carácter paulista y bandeirante mestizo.

Con todo, a partir de los años 60 del siglo XX comienza la historiografía brasileña a sufrir un cambio de actitud hacia el mito del bandeirante, cuestionando los textos anteriores: “De qualquer forma, a década de 1960 pode ser tomada como divisor de águas, assim como o processo de revisão do livro *Vida e Morte do Bandeirante*, de Alcântara Machado como um dos pontos de partida” (SOUZA, 2007, p. 153).

Consideraciones Finales

Tanto el gaucho como el bandeirante argentino han tenido gran influencia en la formación de sus respectivos futuros países: aquél, en la frontera negociando con indios o luchándolos, además de las guerras de independencia contra los españoles; el bandeirante, a través del traslado de la línea de Tordesillas mediante sus *bandeiras* en busca de indios y oro, y sus ataques a las misiones jesuíticas. Pero en ambos casos, el patriotismo que parecen inventar sus hagiógrafos creadores del mito, es inexistente: en el gaucho, se reduce a su rancho, al pueblo donde ha nacido o como mucho, a su región; pero ni eso, ya que, como alma nómada que es, continuamente cambia de lugar, a veces incluso a tierra de indios para huir de la leva militar obligatoria. Para el bandeirante, la *bandeira* significa una especie de suerte personal, muy individual, en busca de tesoros, riqueza, y en algunos casos, fama. Curiosamente, “[...] residents of Buenos Aires engaged in malocas or slave-hunting expeditions to counter their chronic labor shortages” (GUY; SHERIDAN, 1998, p. 92); con lo que podemos crear un vínculo más entre ambas zonas geográficas, aunque a continuación los historiadores norteamericanos aclaran: “These slaving expeditions did not have the same grand scale as those of bandeirantes from Sao Paulo, Brazil” (GUY; SHERIDAN, 1998, p. 92). También, las *montoneras*, o ejércitos de gauchos en las guerras de independencia, por el elemento mestizo en su composición y el uso de técnicas de guerrilla frente a los ejércitos españoles, tienen algunos puntos en común con la *bandeira* compuesta por indios y caboclos. De cualquier manera, el efecto de las acciones de ambos personajes en relación con la creación del estado, les era totalmente ajeno, ya que ambos se movían a un nivel más individual, y en muchas ocasiones como víctimas de ese propio estado que estaban ayudando a formar.

Ambos son *producto de la tierra* en la medida en que son mestizos, de blanco e indio, y en menor medida, de negro. Por su época más tardía en el tiempo, el caso del gaucho parece un poco más homogéneo, ya acriollado, distinguiéndose claramente del indio, al que considera un salvaje; también existían algunos gauchos negros. En el caso de las *bandeiras*, dicha homogeneidad simplemente no existía, puesto que había algunos bandeirantes blancos, aunque gran parte la formaban los caboclos mestizos, e incluso había indios puros y negros. El sertanejo brasileño resultante en el siglo XIX bien podía parecerse racialmente al gaucho argentino.

El caso de la lengua es peculiar, porque el gaucho emplea un español lleno de arcaísmos y barbarismos con algunas voces indígenas, especialmente de topónimos y nombres propios de plantas y animales. El bandeirante emplea la *lingua geral*, el tupí-

guaraní, que se utilizaba de forma generalizada en São Paulo, y ello denota la fuerte influencia indígena en la zona. La literatura gauchesca de José Hernández y Ricardo Güiraldes nos muestra fielmente como debían hablar los gauchos del siglo XIX. Sin embargo, en el caso de los bandeirantes, su literatura en portugués pasa por un proceso de traducción-invencción poética y poco realista.

Tanto gauchos como bandeirantes gustaban de cantos y payadas a modo de enfrentamientos verbales, como nos muestra la literatura gauchesca del *Martín Fierro* y la historiografía bandeirante y sertaneja: “É o começo da luta, que só termina quando um dos bandos se esgarça numa rima difícil e titubeia” (CUNHA, 1998, p. 60). También mezclaban supersticiones y creencias de españoles, portugueses e indios, creando un imaginario fantástico que se adaptaba a la tierra y a sus sueños. Por ejemplo, los bandeirantes creían en la leyenda de la Sierra Resplandeciente, en la del Lago Dorado, o en la de la Mano de Oro (RIBEIRO, 1946, p. 44). Y los gauchos las incluían en sus relatos, como hace el personaje de Segundo Sombra en la novela de Güiraldes.

También en ambos casos, a la desaparición del tipo histórico y social es cuando comienza la creación del mito a través de la literatura y de la historiografía. Como ejemplos de ello tenemos al parnasianista Olavo Bilac escribiendo un poema épico sobre el bandeirante Fernão Dias Pais doscientos años después de la muerte de éste, o a Ricardo Güiraldes escribiendo bondades de los gauchos y omitiendo sus defectos cuando estos ya se habían reconvertido en peones agrícolas. En ambos casos, aunque sendos tipos históricos fueron necesarios para la formación de sus respectivos países, al mismo tiempo sus estilos de vida eran incompatibles con el mundo moderno. Y por distintos motivos se acierta a crear sendos mitos literarios como una forma de recompensar su participación en la construcción del país, pero también como una forma de reafirmarse frente a lo europeo y buscar la esencia de la argentinidad en el caso de los gauchos; y como una forma de crearse un aristocrático pasado sin que provenga exclusivamente de Europa, como sucede con los bandeirantes. En el caso de los gauchos, el proceso de mitificación y de identificación con el mito por parte de los argentinos actuales ha sido exitoso, como vemos en anécdotas como la de escoger a un *Gauchito* como mascota del Mundial de fútbol en Argentina en el año 1978. Pero en el caso de los bandeirantes, dicho éxito lo ha sido sólo a nivel local, en São Paulo, de donde provenían los susodichos, ya que como tipo nacional ha quedado establecido el indio –otro mito literario en sí mismo.

Referências Bibliográficas

- ANDRADE, Oswald de. O Manifesto antropófago e Manifesto da poesia pau-brasil. In: TELES, G. M. *Vanguarda européia e modernismo brasileiro: apresentação e crítica dos principais manifestos vanguardistas*. 3. ed. Petrópolis: Vozes; Brasília, DF: INL, 1976. Disponível em: <www.ufrgs.br/cdrom/oandrade/oandrade.pdf>. Acesso em: 15 mayo 2013.
- BILAC, Olavo. O caçador de esmeraldas. In: _____. *Poesias: Antologia*. São Paulo: Martin Claret, 2002.
- BORGES, Jorge Luís. Ficciones. El Sur. In: _____. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé, 1989. t. 1.
- CORTESÃO, Jaime. *Introdução à história das Bandeiras*. Lisboa: Portugalia, 1964. v. 1-2.
- CUNHA, Euclides da. *Os sertões*. Rio de Janeiro: Ediouro, 1998.
- FRANCO, Carvalho. *Bandeiras e bandeirantes de São Paulo*. São Paulo: Companhia Editora Nacional, 1940.
- GAMA, Basílio da. *O Uruguay: a declamação trágica*. São Paulo: Martin Claret, 2009.
- GÜIRALDES, Ricardo. *Don Segundo Sombra*. San Antonio de Areco: Proa, 1926. Disponível em: <http://www.biblioteca.clarin.com/pbda/novela/segundo_sombra/segundo_00indice.htm>. Acesso em: 15 mayo 2013.
- GUY, Donna. J.; SHERIDAN, Thomas. E. *Contested ground: comparative frontiers on the northern and southern edges of the Spanish Empire*. Tucson: Ed. University of Arizona Press, 1998.
- HERNÁNDEZ, José. *El gaucho Martín Fierro: la vuelta de Martín Fierro*. Madrid: Cátedra, 1982.
- HOLANDA, Sérgio Buarque. *Raízes do Brasil*. São Paulo: Companhia das Letras, 2006.
- RIBEIRO, João. *Folklore dos bandeirantes*, Rio de Janeiro: José Olympio Ed., 1946.
- RICARDO, Cassiano. *Marcha para o oeste*, Rio de Janeiro: José Olympio Ed, 1940.
- SARMIENTO, Domingo Faustino. *Facundo: civilización y barbarie*. Madrid: Cátedra, 1997.
- SCARONE, Arturo. *El gaucho: monografía sintética (histórico-literaria)*. Montevideo: Renacimiento, 1922.
- SLATTA, Richard W. *Gauchos and the Vanishing Frontier*. Lincoln: University of Nebraska Press, 1983.
- SOUZA, Ricardo Luís de. *A mitologia bandeirante: construção e sentidos*. *História Social*, Campinas, n. 13, p. 151-171, 2007.

Artigo recebido em 15/05/2013. Aprovado em 22/09/2013.